

Hermandad y fiesta de San Isidro en Montemolín

I. INTRODUCCIÓN

Planteamiento general

El presente artículo pretende ser una aproximación a la fiesta y la hermandad de San Isidro de Montemolín. Las fiestas son un fenómeno de primera magnitud y un aspecto especialmente importante a la hora de analizar las relaciones sociales y la cultura de una comunidad, por la gran cantidad de elementos que en ellas interactúan y la densidad de relaciones que en ellas encontramos. Nos hemos centrado en San Isidro por ser la fiesta más idiosincrática de Montemolín respecto de los pueblos del entorno y por contar con una hermandad cuya importancia en el pueblo ha sido grande.

Para conseguir nuestro propósito hemos acudido a las fuentes orales y escritas de la comunidad, a los archivos municipales y parroquiales y a las entrevistas con los actores sociales. Para contextualizar el estudio de la hermandad hemos dado un repaso a lo que, sobre las muchas hermandades que en Montemolín fueron, nos dicen los escritos y las gentes. Para ver con más claridad el otro polo del estudio, la fiesta, hemos esbozado, bien que mínimamente, el fenómeno festivo en Montemolín y en su entorno inmediato. Pero antes de comenzar el estudio, una escueta referencia al pueblo y su situación.

Montemolín

La localidad se sitúa entre las estribaciones de Sierra Morena y las llanuras de la Tierra de Barros. El paisaje predominante en su entorno es la tierra

calma, de labor y pastos, con una pequeña zona de olivar cerca del pueblo y dehesas en las partes más alejadas. Es cabecera de un municipio al cual pertenecen otros dos núcleos de población, Pallares y Santa María de Navas, ambos ya en las dehesas de las estribaciones de Sierra Morena, hacia el Sur. Las grandes propiedades se localizan en la zona de encinares y en las tierras calmas fundamentalmente, mientras que el olivar y algunas zonas de pastos son la base de la economía de los pequeños propietarios. El pueblo ha sido víctima de la sangría de la emigración, viendo reducido su potencial demográfico a más de la mitad desde 1950 hasta nuestros días, en que cuenta con 1.100 habitantes. Aunque en el último padrón no había recuperado población, sí se había detenido el proceso de emigración ¹.

Como consecuencia de la emigración y la crisis de la agricultura tradicional se produjeron importantes cambios en la estructura social local. La burguesía terrateniente ha tendido a abandonar el pueblo en busca de nuevas fuentes de ingresos y puestos en la Administración y los servicios en las ciudades. Los pequeños y medianos propietarios que han quedado se han proletarizado, empleándose como jornaleros y ayudándose con los fondos del antiguo Empleo Comunitario o el actual Subsidio de Desempleo Agrario. Los jornaleros, para quienes se ideó este sistema, fueron las principales víctimas de la emigración. Aunque el paro entre este colectivo es apabullante, ha visto elevado su nivel de vida con el aumento de los salarios y las subvenciones estatales.

La base económica de la localidad es, con mucho, la agricultura. Además de ello, sólo existen algunas tiendas, un par de talleres mecánicos, dos cooperativas textiles femeninas y algún que otro negocio sin mucha importancia. La construcción da empleo también a una decena de personas.

En el aspecto político, uno de los más polémicos y tortuosos del pueblo, en el Ayuntamiento se han sucedido con cada elección municipal las corporaciones centrista, socialista y de Izquierda Unida, que actualmente gobierna gracias al apoyo del Partido Popular.

II. LAS HERMANDADES

Detrás del modelo consciente de las hermandades y cofradías, organizaciones de fines religiosos con el objetivo de fomentar un determinado culto,

¹ Padrón municipal de habitantes de 1986.

existen también unas funciones latentes, cuales son haber venido constituyendo durante siglos las más importantes, e incluso en ocasiones las únicas, asociaciones formales existentes en muchos lugares.

Han constituido un medio apropiado para desarrollar la sociabilidad en que se ponen en contacto directamente las personalidades de los participantes, y no solamente determinados papeles sociales segmentados de éstos ². Además tienen una función de integración simbólica de quienes forman un determinado grupo social, sea barrio, comunidad, ocupación o clase ³.

Antes de entrar en las hermandades que actualmente siguen existiendo en Montemolín, haremos mención a las desaparecidas y que constan en los archivos. La mayor información nos la proporcionan los libros de misas, en los que aparecen los oficios religiosos que se celebraban anualmente y quiénes los pagaban. Las hermandades y mayordomos encargaban misas de difuntos por algunos de sus miembros, misas y procesiones con ocasión de las festividades relacionadas con su advocación e incluso misas el día de la advocación de otra hermandad. Las hermandades de que tenemos noticia son las siguientes ⁴:

Hermandad Eclesiástica

Formada por los clérigos de la parroquia. La primera referencia a esta asociación la encontramos en 1600. En aquel entonces se le reconocían 120 fanegas en propiedad, más otras tierras sobre las que tenían censos. En 1808, debido a la situación provocada por la Guerra de la Independencia, hubo de entregar, como las demás cofradías, sus caudales. En ese momento sus propiedades habían ascendido a 300 fanegas, fuera parte de las cargas sobre tierras y casas. Era de las hermandades más ricas.

² Isidoro Moreno Navarro, *Cofradías y hermandades andaluzas*, Biblioteca de Cultura Andaluza, 1985, p. 31.

³ Moreno Navarro, op. cit., p. 33.

⁴ La información relativa a las hermandades en los libros parroquiales ha sido elaborada a partir de la investigación realizada por María del Carmen Rodríguez Vázquez, y sin la cual no hubiera sido posible.

Hermandad de la Virgen de Gracia

Hay pocos datos sobre ella. El primer documento es de 1774. Contaba con hipotecas y rentas, no siendo los nombres de los mayordomos de gran relevancia social en el pueblo.

Hermandad de San Pedro

Aparece una sola referencia de ella, en 1774, en relación con la fundación de una capellanía.

Hermandad del Rosario

La primera noticia es de 1695, y la encontramos en un censo en que se le reconocen 130 fanegas de tierra y algunas casas. Recibía censos de unas casas establecidos en su favor por parte de familias nobles, algunos de cuyos miembros aparecen como mayordomos en varias ocasiones. Tenía bueyes propios y tierras de dehesa y olivar.

Hermandad de la Purísima Concepción

Aparece por vez primera en 1695. En 1718 se recoge la inscripción de dos hermanos, pagando cada uno 12 ducados. En 1716 la hermandad se había hecho con los derechos de censos de dos capellanías, las cuales son, con diferencia, el asunto del que más documentación se encuentra en estos archivos eclesiásticos desde el siglo XVII. Por otra parte se le reconocen censos, una viña, seis casas, un cercado, buey y colmenar.

Hermandad de las Benditas Animas

Se constituye en 1706, estableciéndose como obligación de los hermanos asistir a la procesión de la Soledad. El petitorio anual lo realizaba la hermandad después del que hacía la Sacramental, en agosto, y debían asistir el mayordomo, los curas, alcaldes, regidores y secretario. Contaba entre sus bienes con alhajas de plata y estandartes. En 1719 ya había experimentado aumento de sus bienes. En 1783 vendió un cercado que aún lleva el nombre de Las Animas.

En la lista de hermanos de 1821 abundan las mujeres, muy al contrario de las otras hermandades, donde sólo hay hombres.

En 1828, fecha en que fue elegido mayordomo el alcalde, la hermandad poseía un novillo y una vaca, un olivar, ropas y alhajas. Volvemos a encontrar relación con la Virgen de la Soledad en un manuscrito que alude al grano que habían de pagar los devotos de la Virgen.

Hermandad del Espíritu Santo

Hay referencias a ella en 1746. Las listas de miembros distinguen entre hermanos y medio hermanos. Era obligación de la hermandad mandar cantar una misa en la ermita del Espíritu Santo, una misa cada primer domingo del mes por los hermanos difuntos y alquilar nichos para el entierro de los hermanos. Era obligación de los hermanos salir con hachas y estandartes la mañana de Pascua.

La hermandad obtenía ingresos de la limosna, peche, cera alquilada, horno de tejas y ladrillos, arriendo de tierras y venta de grano, aceituna y bellota. Contaba con algunas cabezas de ganado. Los censos de casas eran pocos, y todos posteriores a 1815. Tenía a su cargo un hospital, que estaba junto a la ermita y que en esa fecha se encontraba en ruinas. La mayoría de sus bienes venía normalmente de testamentos, en compensación de misas por las almas de los donadores.

En 1815 el número de hermanos era de 42. En el libro de asientos de hermanos de 1832 aparecen miembros de la familia de mayor prestigio en el pueblo.

Hermandad de la Santa Cruz

Los primeros datos son de 1687, en que se le reconocen 32 fanegas de tierra en propiedad. Los mayordomos no son de apellidos relevantes en el pueblo.

Hermandad de la Encarnación

A la luz de los documentos, parece ser que gozaba del favor de las familias más importantes. Aunque en 1799 sólo se le reconocen 26 fanegas, anteriormente su importancia económica fue mucho mayor.

Todas las anteriormente citadas son hermandades que ya no existen. La desaparición de algunas puede explicarse por la enajenación de las cofradías que tuvo lugar en 1796. En esa fecha, según la normativa estatal que aparece en los archivos municipales, se habrían de enajenar los bienes raíces de hospitales, hospicios, casas de misericordia y reclusión y de expósitos, cofradías, obras pías y patronatos. En virtud de esta disposición se enajenaron los bienes de las cofradías del Espíritu Santo, Virgen de Gracia, Santa María la Zapatera (de Santa María de Navas, localidad dependiente de Montemolín), San Benito, Encarnación, Rosario, Purísima Concepción, Santa Cruz y Sacramental. No aparece la hermandad de San Pedro, de la que por otra parte sólo existía una referencia tangencial en los archivos parroquiales, como vimos. Por el contrario, consta como hermandad la de San Benito, de la que no hay referencias en la parroquia. Esta cofradía existiría en virtud de la ermita de San Benito, antiguo convento medieval a varios kilómetros del pueblo, con tierras en su alrededor, y donde se dieron cultos hasta principios de este siglo.

Tras esta fecha, 1796, desaparecen las referencias a las hermandades de la Virgen de Gracia, Rosario y Purísima Concepción. La Virgen de Gracia tiene una ermita junto al pueblo, pero ya no recibe culto alguno. La del Rosario se encuentra en la iglesia parroquial, al igual que la Purísima, de cuyo escaso culto se ocupa la asociación de las Hijas de María. Siguieron existiendo tras la enajenación varias hermandades: la Eclesiástica, la de las Animas, que por misas pagaba a lo largo del año una cantidad estimable, y la del Espíritu Santo que, como vimos, tenía a su cargo un hospital junto a la ermita del mismo nombre abierta al culto hasta bien entrado este siglo.

Hasta nuestros días sólo han llegado tres hermandades: Sacramental, Virgen de la Granada y San Isidro. Existe la asociación de las Hijas de María, pero este tipo de asociación, en cuanto a sus características y sus funciones sociales, nada tiene que ver con las hermandades⁵. El elemento de clase ha tenido más importancia en la hermandad Sacramental; la de la Granada, o su símbolo central, tiene una función de identificación local, y en la de San Isidro pueden rastrearse elementos de clase, de ocupación y también de integración local. Pasemos a ver estas asociaciones.

⁵ Moreno Navarro, op. cit., p. 34.

La hermandad Sacramental

Esta fue una de las hermandades que vio enajenados sus bienes raíces en 1796. No obstante, en 1877, fecha de que datan sus estatutos, tenía 25 fanegas de tierra, de las que aún conserva unas 10. En aquel entonces, el petitorio general de trigo, una fanega, se realizaba en agosto o septiembre.

Las personas más influyentes del pueblo pertenecían a la Sacramental («de medianos para arriba, todos»); como ocurre en muchos otros lugares de España, la directiva estaba copada por estas personas. Trascendiendo el ámbito de Montemolín, en general, se puede ver una diferencia entre la religiosidad de las clases populares y los estratos altos. Las primeras tienden a establecer relaciones con el mundo de lo sagrado a través de figuras humanizadas (la Virgen como madre que llora por su hijo, Cristo como hombre que sufre injustamente, los santos...), y con más dificultad pueden identificarse con elaboraciones abstractas como la Santísima Trinidad, el Santísimo en la custodia, etc. Esto último es más bien patrimonio de gentes de cierta posición social, que han tenido distintas posibilidades de formación y otras experiencias. El símbolo central de la hermandad Sacramental es precisamente el Santísimo Sacramento, que responde al segundo tipo de orientación, y al que honra el día del Corpus Christi y en la Semana Santa.

En la Semana Santa los hermanos de la Sacramental tenían turnos de vela en los lugares más próximos al monumento. En los oficios del Jueves y Viernes Santo ocupaban, y ocupan aún, un lugar destacado cerca del oficiante. Otro privilegio que tuvieron fue llevar las andas del Santísimo en el día del Corpus Christi. En un principio, éstas (cuyo precio de 11.000 reales a finales del pasado siglo da una idea del anterior esplendor de la hermandad) sólo las podían llevar los sacerdotes, luego lo pudieron hacer los hermanos que hubiesen confesado y comulgado. Desde hace un par de años pueden llevarlas los no hermanos, sin necesidad de confesar y comulgar, y las mujeres, que no pueden pertenecer a la hermandad. Esta desaparición de la exclusividad está relacionada con la menor importancia que ha ido teniendo la Sacramental, con el descenso del número de hermanos. Existen muchos problemas, ya que los directivos tradicionales van desapareciendo y no hay gente nueva que quiera entrar. Es una asociación en decadencia y sin apenas importancia, paralela a la decadencia económica del medio, al debilitamiento de los rituales tradicionales, a la desracionalización y a los cambios en los grupos sociales.

Otros actos de la hermandad, que ya no se llevan a cabo, eran los relacionados con la muerte de sus miembros. El mayordomo tenía la potestad de poner

o no el catafalco con dosel en los entierros (ya que la caja del difunto no entraba antes en la iglesia). Un paño negro con la insignia de la hermandad iba cubriendo el féretro. A algunos hermanos se les llevaba el estandarte al lecho de muerte, a otros no. Finalmente había nichos para los miembros en el cementerio viejo, cedidos por cinco años, y misas de difuntos. Esos nichos aún pertenecen a la Sacramental.

Hermandad de la Virgen de la Granada

En 1602 encontramos que la hermandad de la Madre de Dios sufragaba gran cantidad de misas a lo largo del año. El día de la Natividad, 8 de septiembre, en que actualmente se celebra la festividad de la Virgen de la Granada de Montemolín, el mayordomo había de pagar una misa. El nombre de Virgen de la Granada aparece por vez primera en 1724, precisamente en alusión al mayordomo, pero la cita exacta de una hermandad de la Virgen de la Granada no la encontramos hasta 1820, en que se hace referencia a la «senara de la Virgen de la Granada» en Calilla y Garrapito. Estos topónimos corresponden a fincas que fueron tierras de propios de Montemolín hasta la desamortización. Quizás pueda tratarse de un arrendamiento o una cesión a esta hermandad para sembrar, pagando ella a jornaleros por sus trabajos, como se refleja en los documentos, aunque algunas de estas personas realizaban el trabajo de manera gratuita.

Esta hermandad poseía un horno de tejas, sin que consten otros bienes. La mayordomía, al menos desde 1832 hasta 1852, fue ocupada por una de las familias más prestigiosas de la villa.

Desde el siglo pasado no tenemos referencias escritas a esta asociación. Aunque se recuerda vivamente el esplendor de las procesiones de la Granada, no se recuerda en el pueblo la existencia de una hermandad. La actual es totalmente informal, y surgió al paio del arreglo la ermita. Un grupo de gente se organizó para recaudar fondos; a raíz de ello se hizo una lista de miembros en la que consta la mayoría de las casas del pueblo, fundamentalmente las mujeres, que contribuyen con una cuota anual con la que se sufragan los gastos ocasionados a lo largo del año, como mantenimiento de la ermita, altar de la Virgen, etc. En la directiva hay hombres y mujeres.

Frente a Santiago, patrón nominal pero no efectivo, la Granada se ha convertido en símbolo central de la comunidad, al ser patrona efectiva de Montemolín, aunque no oficial. En las postales y objetos de recuerdo que se hacen del pueblo es el icono que aparece de forma recurrente. Por esta

relación del símbolo con el grupo local es por lo que se explica que los emigrantes la saquen en procesión como manera de reafirmar su pertenencia al pueblo.

III. LA HERMANDAD DE SAN ISIDRO

Llegados al caso de la hermandad que nos ocupa, hay que adelantar que sus características son únicas entre los pueblos limítrofes, ya que es la única que se remonta a fechas anteriores a 1940, al contrario de lo que sucede con las otras hermandades de San Isidro. Antes de que San Isidro fuese una advocación tan generalizada como la conocemos hoy en Extremadura, en Montemolín ya se celebraba su día con gran esplendor. Por otra parte, la existencia de un mayordomo en una fiesta no se constata tampoco en las localidades próximas. Hay, eso sí, mayordomías en pueblos más o menos cercanos, como es el caso de las hermandades de la Cruz, de Cabeza la Vaca y Fuentes de León (muy diferentes entre sí, sobre todo en el componente de clase). La mayordomía de la Virgen del Ara, de Fuente del Arco, ha sido históricamente de una importancia enorme. Quizás la hermandad que más se asemeje a la de San Isidro de Montemolín sea la que existió en otros tiempos en Llerena, encomendada a San Antonio y relacionada con el mundo de los ganaderos y labradores.

Las actuales hermandades de San Isidro surgieron durante el franquismo encaminadas casi exclusivamente a la organización de la romería del santo, que es en esta parte de Extremadura una fiesta introducida. Al decretar la Administración el paronazgo del santo sobre las Hermandades Sindicales de Agricultores y Ganaderos, instaba al sindicato vertical a organizar o colaborar económicamente en la organización de la fiesta. Parece ser que la pervivencia de esta fiesta en muchos lugares de España se ha debido a ello⁶. En los pueblos de mayor tamaño, la hermandad es una asociación formal y con cierta importancia; en los pequeños no existe como tal, sino que un grupo de personas se encarga de cobrar una cuota entre los vecinos, sacar fondos y preparar la fiesta, contando con la ayuda de la Cámara Agraria y/o el Ayuntamiento.

Los estatutos de la hermandad de Montemolín son del año 1875. En ellos aparece encabezando la lista de quienes solicitan la formalización como hermandad ante el obispado la persona más notable del pueblo en aquellos momentos, pero esto más bien puede entenderse como una estrategia encaminada a

⁶ Honorio Velasco, *Tiempo de fiesta*, Tres catorce dieciséis, Madrid 1982.

la aceptación de la solicitud por parte de la jerarquía eclesiástica. En dichos estatutos se recogía la obligación de ser labrador y poseer yuntas para ser miembro de pleno derecho, el que no las tuviese se inscribía en la categoría de «medio hermano». Las demás obligaciones allí recogidas eran parecidas a las de otras hermandades.

Al intentar ver si es a una comunidad, una ocupación, una clase o un barrio al grupo social al que integra simbólicamente la hermandad, vemos cómo en un principio apunta a una ocupación, la de la agricultura, pero vemos también cómo en principio (luego desaparece la distinción entre propietarios y no propietarios de yuntas) hay una separación según los medios de producción, si a ello le añadimos que la directiva y la mayordomía han estado ocupadas por pequeños y medianos propietarios y no por jornaleros o terratenientes, vislumbramos un componente de clase social. En los últimos tiempos, sin embargo, vemos cómo gentes ajenas a la agricultura han pasado a ser parte activa de la hermandad, con lo cual prima el sentido de pertenencia a una comunidad. Ello se acentúa si tenemos en cuenta que el grupo relacionado con la agricultura y que caracterizaba a la hermandad era el mayoritario en una sociedad rural, como es la que nos ocupa. Así pues, la hermandad ha ido pasando por distintos tramos del espectro de ocupación, clase y comunidad local, solapándose entre sí a veces.

La hermandad fue durante muchos años un ámbito de organización autónoma de los pequeños y medianos campesinos. Esto es de gran importancia si tenemos en cuenta que en mucho tiempo este tipo de asociaciones fueron las únicas formalmente autorizadas⁷, y las fiestas las únicas ocasiones en que la comunidad experimentaba un autodomínio, una proyección de valores propios, aunque con cortapisas⁸.

Estos deseos de organización autónoma han chocado a menudo con los distintos poderes que, además de evitar que surjan espacios de articulación que escapen a su control, han intentado capitalizar las posibilidades de influencia social de estas asociaciones. Los conflictos, por tanto, terminaban por aflorar.

Algunos hechos nos ilustran este tipo de relaciones en Montemolín, como, por ejemplo, el incidente que protagonizaron el cura y el mayordomo de San Isidro en los años de la dictadura del general Primo de Rivera. El mayordomo

⁷ Salvador Rodríguez Becerra, *Las fiestas de Andalucía*, Biblioteca de Cultura Andaluza, Sevilla 1985, p. 82.

⁸ Pierre Sanchis, *Arraial: festa dum povo. As romarias portuguesas*, Don Quixote, Lisboa 1987.

pertenecía a una familia de medianos propietarios que simpatizaba con el régimen y el poder político local, que había acabado coyunturalmente con la preponderancia en la política municipal de las familias dominantes en la Restauración. El cura, por el contrario, se encuadraba en la clientela de esas familias, y se negó hasta el último momento a asistir a los actos de inauguración de la fuente, construida en el marco de los planes de obras públicas del Directorio. Al llegar San Isidro, y contra la opinión del cura, el mayordomo hizo dar al santo tres vueltas alrededor de la fuente.

Ya durante el franquismo, con ocasión de la aludida nominación de San Isidro como patrono de la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos y la contribución del sindicato vertical a la fiesta, hubo desavenencias entre las dos entidades, porque el sindicato quería hacer valer ciertas prerrogativas (entrada libre para sus funcionarios, etc.) a cambio de su aportación económica. Ni que decir tiene que al final se impuso el criterio de la hermandad de San Isidro, aunque a raíz de ello la Hermandad Sindical retirara la subvención durante varios años.

Más recientemente, en la etapa democrática, dos concejales del PSOE fueron elegidos mayordomo y vicemayordomo, lo que supuso ciertas reticencias y críticas. Tradicionalmente las autoridades iban en la comitiva que recogía al mayordomo cuando llevaba el estandarte a la iglesia, pero desde hace años ha dejado de ser así.

En cuanto a la estructura organizativa de la hermandad, la directiva consta de un mayordomo, un secretario, un tesorero y varios vocales. Según se recoge en los libros de la hermandad⁹, desde 1952 hasta hoy el secretario solía ser el mismo durante varios años (uno de ellos estuvo en el cargo de 1962 a 1984), el tesorero cambiaba cada seis o siete años. Hasta los años sesenta, el cura firmaba como presidente, meramente nominal; luego dejó de aparecer como tal. En la actualidad, cada año suele cambiar alguno de los vocales, pero el núcleo de la hermandad sigue siendo el mismo. En este sentido hay que señalar que el hecho de pertenecer a la directiva no es algo muy determinante, porque a la hora de colaborar y organizar la fiesta no hay grandes diferencias entre miembros y no miembros, aunque la parte más activa sea la directiva. Es decir, el núcleo activo de la fiesta es un grupo reducido de personas, miembros o no de la directiva, que entra y sale de ella. No existe una estructura

⁹ Javier Escalera, 'Hermandades, religión oficial y poder en Andalucía', en *La religiosidad popular*, Anthropos, Barcelona 1989.

organizativa fuerte, no hay casa de hermandad, ni patrimonio relevante. Las pocas reuniones se tienen cuando se acerca la fiesta, y la lectura de cuentas y elección de cargos se realiza durante el convite anual.

El mayordomo y vicemayordomo se eligen anualmente. El vicemayordomo suele ser mayordomo el siguiente año, pero no siempre es así. Atendiendo a la diferenciación que establece Moreno Navarro¹⁰ entre mayordomo de la hermandad y mayordomo de la mayordomía, el caso de Montemolín se asemejaría más al primer tipo pero con algunas diferencias. El mayordomo no sufraga los gastos de la fiesta, sino que colabora en una parte de los mismos, organiza la fiesta junto con un grupo de personas antes aludido pero no está sometido al control de un hermano mayor, que no existe. Cada año él es responsable de la fiesta y la hermandad. La Institución de la mayordomía no es muy fuerte, pero el aparato organizativo de la hermandad tampoco lo es. Bien es verdad que estamos ante un caso de decadencia del modelo tradicional, motivado por los cambios sociales y culturales que han acaecido en el pueblo.

Además de lo relativo a la fiesta, el mayordomo se encarga de guardar en su casa el estandarte y atender el altar del Santo en la parroquia. De esto último se ocupan las mujeres de su familia. En otros tiempos el mayordomo podía sembrar el trigo que recogían en la procesión y entregar el producto de esa cosecha a la hermandad.

A los mayordomos se les da una cantidad de dinero para que organicen el refresco pero él siempre «arrima» algo para dicha celebración, «siempre algo se pega». En otros tiempos se les daba harina y aceite y él pagaba el resto, contratando a una mujer que hiciese los dulces. Aunque no fuese un gasto enorme el que había que hacer, los jornaleros no podían asumirlo, de ahí que sólo los campesinos con algunos posibles fueran mayordomos. Además, vimos como era éste colectivo el que imprimía carácter a la hermandad. Los grandes propietarios no participaban en la fiesta y la hermandad (sólo en alguna ocasión se ofreció la mayordomía a alguna persona destacada). Con el paso del tiempo, la directiva y la mayordomía vieron como accedían a ellas algunas personas no relacionadas con la agricultura, algún emigrante, comerciantes, etc. El resto sigue siendo campesinos, ya proletarizados. La mayordomía no es un cargo codiciado en exceso, aunque no falte quien la ocupe cada año, más bien por mantener la tradición, aunque en algunos casos haya habido evidentes deseos de adquirir notoriedad o publicidad. Los más viejos comentan que antigua-

10 Moreno Navarro, *Tiempo de fiesta*.

mente eran muchos los agricultores que enviaban a los hijos al convite para no asistir ellos y no verse en la tesitura de, empujados por otros, tener que salir de mayordomos. Pero quizás eso sucediese en una determinada coyuntura económica.

IV. LA FIESTA

A) *El fenómeno festivo y su evolución reciente*

Antes de entrar de lleno en la fiesta de San Isidro, y para contextualizarla mínimamente, vamos a dar un repaso a las otras fiestas locales. Así pues, vemos dos etapas claramente diferenciadas en la evolución del fenómeno festivo, una, caracterizada por la decadencia, se extiende desde los años sesenta hasta la transición política. Para comprender esta fase hemos de ver el fenómeno en relación con lo que pasa en el resto del país. Así, la plena integración de España en la economía capitalista moderna, con el plan de estabilización de 1959, desencadena un proceso de transformación en el campo español, cuyo más claro exponente es la emigración, la pérdida de la vitalidad de los pueblos y la falta de confianza y expectativas. El descenso de población, sobre todo por la emigración de los jóvenes, resta alegría a la fiesta, cuando no la hace imposible. Por otra parte, la influencia de la cultura urbana y sus modelos hace mella entre las gentes de los pueblos que, eclipsadas ante el esplendor que viene de la ciudad, mira con desdén e incluso con vergüenza muchos de los rasgos que han conformado su identidad cultural, entre ellos sus fiestas. Las procesiones, concretamente, ven más amenazada aun su supervivencia debido al proceso de secularización de la sociedad.

En Montemolín desaparecen o se debilitan muchas celebraciones: decae la Semana Santa, El Corpus Christi y los Tosantos (día de Todos los Santos), desaparece la fiesta de San Blas, las cruces de mayo (tras la anulación por parte de la Iglesia de la festividad de la Invención de la Cruz) y algunos de los días de procesión de la Virgen de la Granada, todo ello con un enorme arraigo popular en otros tiempos. Sólo se mantienen en esa época, aunque no con el esplendor de antaño, la fiesta patronal de Santiago y también San Isidro, que pasa a tener romería.

El punto de inflexión de esta tendencia se localiza ya en la etapa democrática. En todo el país tiene lugar un proceso de recuperación de la fiesta y de las identidades regionales y locales. Hay en todo ello un componente polí-

tico, aunque no es el único. Las aspiraciones autonómicas traen aparejadas una búsqueda y revitalización de los elementos propios y diferenciales, la democratización de los ayuntamientos insufla un cierto ánimo a la vida local que se traduce asimismo en un deseo de recuperar las tradiciones locales. La fiesta pasa a ser también un escaparate de la gestión municipal.

En el aspecto económico habría que apuntar algunos cambios. Dejando claro que el campo extremeño sigue inmerso en una espantosa crisis y que nuestros pueblos conforman, según se puede comprobar por los indicadores socioeconómicos, una de las mayores bolsas de pobreza de la Comunidad Económica Europea, se han experimentado algunas mejoras. Los fondos llegados a través del Empleo Comunitario primero y del Plan de Empleo Rural después han mejorado ostensiblemente nuestras infraestructuras locales y la dotación de servicios, la subida de los salarios y los subsidios de desempleo han hecho elevar el nivel de vida (y de consumo) de los jornaleros, lo que junto a la proletarianización de los campesinos ha llevado a una nivelación entre ambos grupos. Aunque el paro ha aumentado respecto a épocas anteriores, también lo ha hecho el nivel de rentas de los que no han emigrado, bien es verdad que, siempre proporcionalmente, los pequeños campesinos han perdido posiciones.

Finalmente, y no por desarrollo de la zona, sino por los efectos de la crisis económica en las ciudades, la emigración se contuvo (muy recientemente ha empezado a reaparecer). Esto es especialmente significativo por los efectos sobre los grupos de edad más jóvenes. Así, estos jóvenes que no han emigrado son actualmente uno de los factores clave en el proceso de recuperación de la fiesta.

En este contexto amplio, asistimos en primer lugar en Montemolín, hacia el año 1978, al surgimiento de la fiesta del emigrante, en agosto. Este mes veraniego es la época del año en que vuelve un mayor número de hijos del pueblo que se vieron obligados a abandonar su tierra. En el clima de efervescencia autonomista de finales de los sesenta tiene lugar un proceso de intensificación de ese deseo de reivindicación sentimental y cultural de las propias raíces, de ahí que tenga lugar un ritual de reafirmación de la pertenencia que es la fiesta del emigrante. En los días de la fiesta es cuando se saca en procesión el símbolo emblemático del pueblo, la Virgen de la Granada. Aunque en los últimos años la fiesta atraviesa por momentos difíciles, años hubo en que sobrepasó en participación y esplendor a la fiesta patronal de Santiago, el 25 de julio.

Ya vimos como también, a mediados de los ochenta, tuvo lugar la recuperación de la procesión de la Granada, con la restauración de la ermita.

Por esas fechas reaparecen en el panorama festivo los carnavales, que poco a poco terminan imponiéndose como una fiesta imprescindible y en progresivo apogeo, siendo cada vez mayor el número de disfraces, murgas y canciones satíricas. Es evidente que a pesar de los años de prohibición había una enorme receptividad sociocultural hacia este tipo de ritual de inversión y crítica.

Finalmente, el año 1988 se recuperó la fiesta de San Blas en su forma tradicional, aunque no con todo el antiguo esplendor. Nunca permitió la gente de Montemolín que desaparecieran las tradicionales roscas y cordones de San Blas y no se dejó decir la misa en la ermita. Lo que se ha recuperado ha sido la procesión, el reparto de naranjas y el baile. Los cordones tiene varias connotaciones, una de ellas es apotropaica ya que con ellos se protege de las enfermedades de garganta (San Blas el gargarero), otra es sentimental, como prenda que entrega la novia al novio, y una tercera de elemento de identidad local, que caracteriza a Montemolín, de ahí que tras la fiesta se envíen los cordones bendecidos a las personas que están fuera del pueblo. En este caso, al igual que sucede con los carnavales, el alma de la fiesta es un grupo de jóvenes entusiastas que se encarga también de organizar la cabalgata de reyes y otras celebraciones menores.

Es en esta fiesta donde más se subrayan los rasgos de identidad local y regional, llevando los cordones, las roscas, etc., y postulando productos de la tierra para la subasta. Aparece el traje pretendidamente regional y en la misa se interpretan canciones adaptadas a la música folklórica extremeña.

Aunque de escasa tradición en Montemolín, también se celebra la Candelaria con hogueras en las calles. En Extremadura está teniendo lugar un recuperación de esta fiesta apoyada fundamentalmente por los ayuntamientos, que la promueven concediendo premios a las candelas, etc.

En resumidas cuentas, aparecen fiestas que podríamos llamar (no sin cierta reserva) de homogeneización, cuales son los carnavales y las fiestas del emigrante y, complementariamente, que no contradictoriamente, celebraciones particularistas como San Blas y la Granada. La homogeneización o estandarización de ciertos aspectos de la cultura hace que surjan como contrapartida deseos de diferenciación e identificación de grupo. Por otra parte (y obviando la existencia de condiciones socioculturales idénticas en las distintas comunidades y que hacen que surjan fenómenos de características análogas), con la existencia de fiestas del mismo tipo en pueblos vecinos, se puede establecer una competencia simbólica entre ellos, rivalizando por qué carnavales y qué fiestas del emigrante son mejores o luchando por llevarse a los forasteros a su campo. Sobre ello hemos de volver más tarde.

B) *La fiesta de San Isidro*

San Isidro se celebra el 15 de mayo y, en expresión de Velasco¹¹, al igual que algo tiene el agua cuando la bendicen, algo tiene mayo cuando se celebra su llegada. En efecto, son abundantes los materiales que nos hacen ver la relación entre el mes de mayo, el buen tiempo, la granazón de los campos, el amor, las flores, etc. Hay quien se remonta a época precristiana y romana en busca de precedentes de este tipo de celebraciones. Así, Caro Baroja cree que la Iglesia, para sofocar las prácticas paganas, para desvirtuar las creencias, pretendió asimilarlas en lo posible y así la «maya» pagana pasaría a ser, en casos, la «maya» que preside las mesas petitorias de las fiestas de la cruz. San Gregorio, por otra parte, se convertiría en patrón de las aguas de mayo. Este santo, cuya festividad se celebra el 9 de mayo, vino a España para conjurar las plagas, especialmente la de la langosta. Al agua pasada a través de su reliquia se le atribuían virtudes agrícolas determinantes, pues con ella se bendecían los campos, no sólo para evitar la plaga de langosta, sino cualquier otra¹².

En los libros de misas de 1602 y 1724 podemos constatar cómo se decía misa en honor de San Gregorio, pero en el mes de marzo. En los archivos municipales hallamos una referencia a la ceremonia de bendición de los campos con la cabeza de San Gregorio, hacia 1750. Sin embargo, encontramos otras advocaciones con mayor solicitud a la hora de ayudar en la cosecha. Así, en los susodichos libros de misas vemos cómo era «a Santiago», patrón de la localidad, a quien se le hacía misa cantada y procesión en cumplimiento del voto que el pueblo había contraído. Las rogativas impetrando el agua se hacían hasta este siglo a la Virgen de Gracia y, actualmente, es en San Blas cuando se bendicen los campos.

Pero, más que buscar reminiscencias de celebraciones pasadas con las que establecer puentes, de lo que se trata es de ver cómo determinadas condiciones de tipo ecológico son los que hacen que una determinada época sea más propicia para cierto tipo de rituales. Las potencialidades de mayo para la fiesta no creo que necesiten de mucha averiguación, sobre todo en una sociedad eminentemente agraria, cual es la que nos ocupa. En España hay una incidencia de fiestas en la primera y segunda decena de mayo¹³. Muchas fiestas patronales o fiestas de mucho relieve están situadas en fechas inmediatamente

11 Velasco, *Tiempo de fiesta*.

12 Julio Caro Baroja, *La estación de amor*, Taurus, Madrid 1979, p. 81.

13 Velasco, op. cit.

anteriores o posteriores al período de máxima actividad, de cosecha. San Isidro se sitúa al principio de la época de recolección en un pueblo en que la base de la economía ha sido el cultivo de secano.

En tiempos anteriores, la otra fiesta que tenía lugar en mayo era la de la cruz, que tenía gran relumbre en todos los pueblos de la comarca. En algunos de ellos la romería de San Isidro ha venido a ocupar el lugar que ocupaban las cruces en el ciclo festivo. En muchos, la siega comenzaba cuando terminaba esa fiesta; hoy, con la mecanización, la recolección empieza un poco más tarde, aunque no mucho. En Montemolín, las dos fiestas coexistieron al igual que hoy coexisten en algunos pueblos como Feria y Cabeza la Vaca, donde se introdujo la romería y aún perviven las cruces.

Desde 1940, primera romería de San Isidro en Fuente de Cantos, hasta 1988, primera en Medina de las Torres, las fiestas de San Isidro no han dejado de ir surgiendo por toda la zona. Algunas de ellas, las de los pueblos más grandes, Fuente de Cantos o Monesterio, se van ampliando en días, habiendo fiesta por la noche. Hasta ahora la única velada en el campo era la de la Virgen del Ara, de Fuente del Arco, sin duda el fenómeno religioso-festivo más importante del sur de Badajoz por tradición y complejidad, que asiste a un interesantísimo proceso de revitalización y expansión geográfica. En el resto de las romerías, la figura religiosa de San Isidro no concita gran devoción, sino que es el icono alrededor del cual ha surgido la fiesta, algo así pasa actualmente en Montemolín. No se puede decir lo mismo de la romería de Santa Eulalia, en Santa Olalla de Cala o en la fiesta en la ermita de la Virgen de Tentudía, en Calera de León.

En el caso que nos ocupa, el núcleo central de la fiesta ha pasado de los actos en el pueblo a los actos en la pradera, de la procesión y el refresco a la romería. El modelo etnográfico de la antigua fiesta podía ser el siguiente:

Los días previos tenía lugar en la parroquia una novena con manifiesto. El día 14, víspera de San Isidro, iban la junta directiva y las autoridades a casa del mayordomo y lo acompañaban portando el estandarte hasta la iglesia. A la puerta tocaba la banda el himno nacional. Asistían a las vísperas cantadas y tras ellas el mayordomo daba una copa para esas diez o quince personas. Por la noche había baile en la plaza y se quemaba una colección de cohetes y fuegos artificiales. Al arder el último palo aparecía en el mismo la imagen del santo con la frase ¡Viva España!, mientras sonaba el himno nacional. Luego continuaba la verbena.

El día del santo había diana, música al mayordomo y procesión (con una

ligera variación en el recorrido respecto al actual) terminado los actos religiosos con una misa. Tras ser elegido el nuevo mayordomo en el refresco se llevaba el estandarte a casa y daba una copa. El convite se celebraba en casa del mayordomo, alguna que otra vez se hizo en el ayuntamiento para, finalmente, desde los años cincuenta hasta hoy, tener lugar en un salón público que se alquila al efecto. En cuanto al lugar de celebración vemos similitud con lo que ocurrió con bodas y bautizos que pasaron de la casa a los salones públicos. La similitud se extiende también a la comida y bebida del refresco en que se pasó de los dulces, el vino y los licores (fundamentalmente anís) a las tapas y bebidas como la cerveza y los refrescos.

La romería empezó a celebrarse en 1969 y dos factores fueron los que movieron a ello. De una parte, la decadencia en que se hallaba sumida la fiesta y que hizo ver a la romería como un posible revulsivo. De otro, la proliferación de romerías por todos los pueblos cercanos.

Dando un repaso a la evolución de los ingresos de la hermandad, nos encontramos con los lógicos apuros de los años de la posguerra, en que fueron grandes las dificultades para recaudar fondos y encontrar las materias primas del refresco, habiendo de recurrir al mercado negro y las prebendas para obtener aceite y harina. En los años cincuenta, a raíz del incidente referido páginas atrás, lo más significativo fue la falta de subvenciones de la Hermandad Sindical, que no volvieron a conceder hasta 1966. En la aportación de esta entidad se constatan altibajos a lo largo del tiempo, habiendo momentos en que ésta suponía el 30 % de los ingresos de la fiesta. En una ocasión llegó a dar cerveza y jamón gratis en la pradera, cuando ya era Cámara Agraria Local. La venta del trigo que se recogía durante la procesión fue, desde los primeros años de los que hay constancia en el libro de cuentas, poco significativa y cada vez fue teniendo menor relevancia, hasta desaparecer como tal partida. Hasta la primera mitad del siglo la cuota se había cobrado en grano. Las rifas comenzaron en 1960 y terminaron siendo uno de los pilares básicos de financiación, aunque el principal ha sido y es la cuota, que actualmente es de 1.000 pesetas. La adquisición del pequeño trozo de terreno para la romería fue posible gracias a una cuestación en la cual contribuyó de manera destacada un particular, ya fallecido, que en otras ocasiones realizó importantes donaciones en metálico a la hermandad.

Por lo que hace a los gastos, los principales apartados de este capítulo durante los años cincuenta eran el refresco, los fuegos artificiales y el pago de las ceremonias religiosas. La partida del refresco terminó siendo superada por los gastos de música; el pago por servicios religiosos devino insignificante,

y dejaron de quemarse fuegos a finales de los años sesenta. Hasta esa década se hacían donativos para el seminario, la Acción Católica, etc. También constan en esos años gastos relacionados con algún homenaje que la hermandad rindió a algún religioso del pueblo con motivo de aniversario o similar. De 1979 a 1982 hubo capeas, pero las sanciones gubernativas acabaron con ellas.

Pasemos a la descripción de la fiesta tal como es hoy. El domingo anterior a la fiesta, en la discoteca, se elige a la reina y las damas de honor. Los días previos se cobra la cuota de casa en casa, lo hacen miembros de la directiva, algunos jóvenes y personas vinculadas a la hermandad. Al triduo asiste poquísima gente, la habitual de las misas de entre semana y no los miembros de la directiva. Los hombres preparan por ese tiempo las casetas en la pradera, y los jóvenes y familiares de las damas y reinas engalanan las carrozas.

La mañana de la víspera de la romería (normalmente) tiene lugar la procesión. Para acudir a ella, un grupo de personas (que ya no es la directiva y las autoridades) va con la banda de música y la reina y damas a recoger al mayordomo, que porta el estandarte. Desde la parroquia, la imagen es sacada a hombros, fundamentalmente por ese tipo de campesinos que ha caracterizado tradicionalmente la fiesta. A lo largo del recorrido la van cogiendo jóvenes de esa misma extracción social; también intentan cogerla muchachos entre 16 y 20 años. La reina y las damas de honor encabezan la comitiva; tras ellas figura el mayordomo con el estandarte, rodeado de chiquillos que pugnan por coger los cordones que penden del mismo; le sigue el paso del santo, llevado por cuatro personas sobre unas andas de 1 x 1,4 m. Sobre ellas, delante del santo, figuran unos pequeños bueyes guiados por un ángel, en referencia a la historia del santo labrador que rezaba mientras el ángel araba en su lugar. Tras las andas va el cura y unas 40 personas a lo sumo, exclusivamente hombres, y sin guardar fila alguna.

La comitiva recorre las calles Martín Alvarez, Santiago, Corredera Baja, parte de la Alta, Dr. Valencia, Ranchuelo, Llerena, Carrera, Pizarra, Llanete y Martín Alvarez. A su paso, de algunas casas salen mujeres con platos y bandejas llenos de trigo y cubiertos por flores que dan a los hombres que van en la procesión para que los echen en las andas del santo. En algunas casas salen hombres con cuartillas llenas de trigo con el mismo fin, aunque sin flores.

A la misa va poca gente, destacando entre los no habituales algunos hombres que han llevado el santo durante la procesión. El resto espera en la puerta de la iglesia, y sobre todo en los bares, hasta que comienza el refresco. A este acto sólo tienen acceso los hermanos, que pueden ceder sus papeletas a los hijos, y los invitados del mayordomo. En total asisten unas 200 perso-

nas, en un pueblo que cuenta con unos 1.100 habitantes. Una quinta parte de los asistentes son niños, y el resto, a partes iguales, jóvenes y hombres mayores. En las mesas sólo se puede ver un par de muchachas. En la presidencia está el mayordomo y sus familiares, junto con la reina y damas. En un lugar preferente, algunos de los hombres relacionados con la hermandad, la mayoría labradores modestos.

Al inicio del banquete se da lectura al estado de cuentas del año anterior y se procede a la elección del mayordomo y la renovación de la junta directiva. En un primer momento nadie se presta, y hay que esperar un poco; finalmente, alguno se ofrece y es aceptado por todos como mayordomo. Nadie se suele ofrecer como directivo, con lo cual se mantiene la junta anterior, con la adición de algún miembro que es propuesto por otros de la directiva o los asistentes; para ello salen de la directiva algunos de sus integrantes. Abundan los aplausos para todos y se hace entrega de algún recuerdo a las damas y reina y a algún miembro de la hermandad, por su edad o cualquier otra circunstancia. Acto seguido comienza el banquete en sí.

De noche hay baile en un salón, gratis para los cofrades y las mujeres, y de pago para los demás. En vísperas, las mujeres se afanan en la preparación de las meriendas.

La mañana siguiente sale la gente hacia la pradera, a unos cuantos kilómetros en dirección a Pallares. El santo es transportado, sin excesivo ritual, en una de las carrozas, acompañado por algún caballista. En la puerta de la ermita, pequeña construcción triangular de unos dos metros de lado, en la que se resguarda el santo, se celebra la misa. Luego hay algún concurso y baile. Los distintos grupos con su impedimenta o «jato» se distribuyen por la pradera, pudiéndose ver varios tipos de asentamientos. En la parte alta del cerrito hay construcciones de bloques, cemento y uralita, una de las cuales está en terreno de un particular lindero con la pradera. En esa misma zona se sitúan algunas casetas desmontables de metal y toldos, otras son chozas hechas de maderas y escoba/retama. El resto de la gente busca alguna sombra en los escasos eucaliptos en la falta del cerro, que baja hasta un arroyo, o en un eucaliptar al otro lado de la carretera, cerro abajo y separado de la pradera. La orquesta toca bajo una especie de nave de cemento y uralita, descubierta por todos los laterales. Hay finalmente una construcción para la cantina, entre la ermita y el baile. La diversión consiste fundamentalmente en comer, beber y bailar.

C) *La fiesta y la comunidad*

La fiesta es un hecho total tanto desde el punto de vista de las sensaciones como desde su significación social y cultural. Diversas son las funciones que el fenómeno festivo cumple, como diversos son los elementos que se encargan de portar tan variada intencionalidad. En cuanto a la relación con la estructura social, las fiestas se sitúan entre dos polos, el de la redundancia o reproducción de la estructura y el de la negación simbólica de esa realidad o antiestructura¹⁴. En la fiesta puede predominar, con mayor o menor intensidad, uno de los aspectos. Además, rituales o elementos que indican esas situaciones pueden sucederse en el tiempo o darse a la par.

De lado de la reproducción de la estructura de clases, en la romería de Montemolín tenemos la visualización en el espacio de esa estructura. Antes de entrar en este punto hay que hacer una consideración preliminar. La romería se celebra en una zona en la que sólo hay unos cuantos eucaliptos, de ahí la necesidad de buscar sombra. Queda la duda de si es la idea de segmentación del espacio la que precede a la elección del lugar o son las constricciones del espacio las que facilitan la segmentación. El de Montemolín es un caso intermedio entre las fiestas que tienen lugar bajo los árboles y las que se localizan en praderas sin árboles. Entre las primeras están las romerías de Santa Eulalia, en Santa Olalla, las de San Isidro de Pallares, Puebla del Maestre y Santa María de Navas, todas ellas en encinares; la fiesta del rayo en Fuente del Arco tiene como marco un olivar, y entre eucaliptos se celebra la de Llerena. En el otro lado están las de Monesterio y Fuente de Cantos. Al no haber en ellas sombra, se busca la protección de un entoldado o enramada, lo que facilita la segmentación del espacio, se limita el paso y también la posibilidad de contemplar el desarrollo de la fiesta en el interior de esos recintos. En donde no hay sombra, las casetas no son exclusivas de un determinado grupo social, pero dan mayores posibilidades de reforzar el estatus de alguno de ellos, que cuenta con mayores medios para montarlas. Sobre las casetas hemos de volver un poco más tarde.

En Montemolín, el grupo social más alto del pueblo tiene sus casetas en la parte alta del cerrito; el centro simbólico de la fiesta corresponde con el centro del mapa de relaciones sociales locales. Aunque no todas las personas que disfrutan de dichas casetas son de esa extracción social alta, ese grupo es el que conforma el carácter del recinto. Los notables de otros pueblos frecuentan allí a sus amistades, reafirmando así las relaciones internas de clase.

14 Velasco, op. cit., y Moreno, op. cit.

En cuanto al resto de los grupos que participan en la fiesta, no se puede establecer una correlación, siquiera aproximada, entre estrato social y lugar que ocupan en la pradera o tipo de sombrero, etc.

El caballo, símbolo también de estatus o de aspiración al mismo, no está muy presente. Lo lleva algún joven con posibles y otros que lo tienen como herramienta de trabajo. Aunque en menor medida que en otra época, la anterior al coche, se ven burros llevados por niños o adolescentes, y que son la nota lúdica, exenta de pretensiones, y simpática.

También se reproducen los papeles sociales de una sociedad machista dentro de la fiesta, sobre todo en la parte que se desarrolla en el pueblo. El papel de las mujeres es secundario; no pertenecen a la hermandad, no participan del refresco, a la procesión y el convite van las damas de honor y la reina más bien como figuras decorativas y, se supone, que en base a una cualidad externa, adjetiva, cual es la belleza. No llevan el santo, ni siquiera son las que echan el trigo y las flores, sino que se lo dan a los hombres para que lo echen. Asisten al convite las mujeres de la familia del mayordomo y, precisamente, en virtud de esa condición subsidiaria. Cuando montan a caballo lo hacen porque las sube el hombre. En la preparación de la fiesta se ocupan de la comida, y los hombres de montar el sombrero/caseta.

Hemos visto los aspectos próximos al polo de la estructura, de la reproducción de las relaciones de la cotidianeidad; pasemos ahora al otro polo. Tenemos así la activación de la *comunitas*, la disolución de las diferencias, la liberación de las ataduras sociales. Ello es especialmente propicio en una romería en pleno campo, lejos del marco espacial donde tienen lugar las relaciones sociales diarias. En esta fiesta predomina la hospitalidad, la reciprocidad en la comida y la bebida, la intensidad en la relación social. En cuanto a la comida, hay concomitancias con el mismo elemento en las romerías asturianas que nos describen Fernández y Fernández: «Hay a todas luces un perceptible ambiente de exhibición (incluso exhibición competitiva) de comidas entre familias, que van extendiendo a la vista de todos el contenido de las cestas. Es un ágape generoso y de vistosidad, constituyendo un motivo de orgullo familiar. Debe sobrar para el otro día y engolosinar al forastero»¹⁵. Todo ello lo podemos rastrear en nuestro caso. Con el desarrollo de los transportes, el aumento del poder adquisitivo y la aparición de gran cantidad de útiles y recipientes relacionados con el camping y similares, lejos han quedado la fiambarrera con la tortilla, la cazuela del gazpa-

¹⁵ Fernández y Fernández, 'El escenario de la romería asturiana', en *Expresiones actuales de la cultura del pueblo*, Madrid, Centro de Estudios de El Valle de los Caídos, 1970.

cho y algo de la matanza sobre una manta en el suelo como únicos elementos de la merienda campestre. En algunos casos, en torno a la mesa y con gran proliferación de impedimenta de campaña, tiene lugar una especie de «potlach» en el que se derrocha comida, de la que aún se podrá comer al día siguiente. La abundancia de comida en la fiesta en una sociedad secularmente preocupada por el sustento diario es un elemento recurrente, y en estos momentos, de mejora de las condiciones económicas, un signo de afirmación. Es conocido en la zona el dicho de una mujer mayor: «A la romería se va a lucir las meriendas».

En la reciprocidad generalizada en las invitaciones a comer y a beber, que son básicas en esta fiesta, subyace la utopía de comunidad en un momento especialmente oportuno para definir las relaciones sociales, mostrar amistad hacia otras personas o familias, forasteros, etc.

Los grupos de gente que se reúnen para comer que están en el mismo «jato» suelen ser la familia extensa, fundamentalmente, y los amigos. Pueden ser los mismos que componen el grupo de matanzas, aunque al celebrar la fiesta todos los grupos a la vez y pertenecer una misma familia o individuo a más de un grupo, ha de optarse entre uno de ellos. En alguna ocasión los muchachos y muchachas solteros han organizado su propio grupo, pero la norma es que estén en el de los padres.

En la línea del ideal de comunidad está la celebración del baile, ya que dentro de él las posiciones sociales se diluyen en el alboroto y la música; todos hacen lo mismo en el mismo espacio.

Además de las citadas, hay otro tipo de redefiniciones de grupo. Así, la propia hermandad forma un grupo, una especie de club de varones, como hemos visto. En estos grupos de hombres es frecuente la comensalidad, como elemento de comunicación, de comunión en sentido estricto, de participación entre ellos (en la comarca son una institución social las calderetas, exclusivamente para hombres). El banquete tendría esencialmente esa función. Además esa pertenencia al grupo de hermanos se reafirma en el hecho de que el baile de esa noche en el pueblo, a diferencia de lo que ocurre en los otros pueblos, sea libre sólo para los socios (y mujeres). Por otro lado, los más jóvenes se afanan por afirmar su ingreso en el grupo de los hombres cogiendo las andas del santo en la procesión.

Pero quizás uno de los aspectos más importantes de la fiesta sea el de la expresión del «nosotros», la afirmación del pueblo como entidad. La romería, la fiesta, nos da una idea de cómo la comunidad se percibe a sí misma

y cómo percibe su identidad contrastivamente respecto a las otras. Se procura que la fiesta sea lo más esplendorosa posible porque de la imagen que de ella tengan los otros depende la reputación del pueblo. Así, el forastero es un elemento crucial en la fiesta; sin forasteros no hay fiesta, porque no existe espejo en el que reflejarse. Es el elemento con el que competir, pero también hay que mostrar la generosidad, la amistad en cuanto persona y en cuanto representante de otro pueblo.

El desarrollo de los medios de transporte, la motorización, ha provocado grandes cambios en las fiestas. Es mayor el número de gente, sobre todo joven, que se puede desplazar desde otros pueblos. Hasta tal punto que en algunos lugares, sobre todo en las localidades pequeñas «la fiesta la hacen los forasteros», es decir, lo que da ambiente, importancia a la fiesta, es la gente de fuera que asiste a ella. Ello puede llevar a veces a vivencias de tipo agónico, esquizoide, al estar interesados más por el número de gente que venga de fuera y por lo que piensen que por divertirse entre los suyos simple y llanamente. A veces se está pendiente de si lloverá o no en la romería del vecino y le restará brillo. Los comentarios maliciosos en este sentido son abundosos en nuestros pueblos y reflejan el tradicional pique entre localidades vecinas que a tantos dictados tópicos ha dado lugar.

En la comarca, al producirse una concentración de romerías en momentos festivos generales, en el proceso de homogeneización al que aludimos páginas atrás, se intenta buscar una solución porque es deseable no competir con otros pueblos. En los pueblos con menor potencial demográfico la solución es cambiar la fecha, lo que suele acarrear no pocas discrepancias. Los más jóvenes prefieren que la fiesta se celebre un fin de semana porque así habrá «más ambiente». Las personas que están fuera o tienen familiares fuera también se inclinan por esa opción, prefiriendo un sábado para no tener que dejar la fiesta a media tarde y beber o comer a gusto. Hay que señalar además la enorme importancia que para los que estando fuera se sienten del pueblo tiene la participación en los rituales colectivos del grupo a través de los cuales reafirman su pertenencia. Pero algunos, personas mayores sobre todo, se aferran a que se mantenga «en su día» porque es lo apropiado y acorde con la tradición. Para algunos pueblos es una cuestión de amor propio o de prestigio el no cambiar a otro día que no sea el del patrón. Primero porque, si lo cambiaran, reconocerían su inferioridad como pueblo, admitirían que con los del pueblo no les basta para tener una buena fiesta: «Nosotros la hacemos en su día y el que quiera venir que venga», como diciendo: no necesitamos a nadie y el que venga, bienvenido será. En Montemolín hubo problemas con la gente que vive fuera, sobre todo en Sevilla. Algunos de los cofrades no residentes en el pueblo se dieron

de baja de la hermandad. Una razón adicional de la gente del pueblo sería que se podría pensar que son los de fuera, los de la ciudad, los que hacen la fiesta, los que deciden sobre ella.

En Montemolín la fiesta se celebra «en su día», pero con una salvedad. Este año (1989), que el día 15 cayó en lunes, se cambió el orden de los actos; tuvo lugar la romería el día 14, domingo, y la procesión y banquete el día 15. En el conjunto de los pueblos del entorno se produce una especie de regulación en cuanto a las fiestas: Pallares celebró la fiesta el sábado, Montemolín el domingo, Monesterio, Fuente de Cantos y Puebla del Maestre el lunes, y Santa María de Navas el domingo siguiente. Las romerías de los pueblos mayores, Fuente de Cantos y Monesterio, duran varios días, lo cual permite que los pueblos que la celebran en esa misma fecha, pero con un solo día de duración, puedan desplazarse a ellas; lo mismo pueden hacer las gentes de las localidades más grandes que, en algún momento de la larga fiesta, desigual en intensidad, tienen la posibilidad de acercarse a las fiestas vecinas.

Un aspecto interesante de las relaciones entre grupos locales es el de la territorialidad. En la literatura antropológica encontramos referencias a la relación entre santuarios, apariciones, etc., y límites territoriales y ecológicos¹⁶. En varios pueblos limítrofes de Montemolín tienen lugar romerías en los límites del término municipal. En nuestro caso, la fiesta tiene lugar en el límite entre la dehesa de encinas y la tierra sin árboles. La fiesta se celebra en la orilla izquierda del Arroyo Corchero, no pasando la gente a los encinares de los que, además, separa una alambrada. El arroyo, además de ser la línea de contacto entre los dos ecosistemas, es considerado en cierto modo como la línea que delimita el territorio de Pallares del de Montemolín. Pallares es una aldea que depende administrativamente del Ayuntamiento de Montemolín, siendo esa dependencia causa permanente de tirantezas políticas. Al menos desde Pallares se considera el Arroyo Corchero como zona de frontera de su territorio propio, territorio que no existe oficialmente, pues se diluye en el término municipal de Montemolín. Una de las razones que impulsaron a elegir este paraje fue precisamente el deseo por parte de Montemolín de que Pallares, que en aquel entonces celebraba la romería junto con Puebla del Maestre, lo hiciese con Montemolín, a lo cual no accedió la gente de Pallares.

Terminaremos haciendo una referencia a la influencia andaluza, que no es de extrañar en un pueblo situado en el área de Sevilla. En las romerías de

16 William Christian, *Religiosidad popular*, Tecnos, Madrid 1978.

Monesterio y, sobre todo, de Fuente de Cantos se deja ver claramente el influjo de la feria de Sevilla. En este último pueblo, la pradera es una réplica del real de la feria de Sevilla, con disposición en casetas, algunas de las cuales repiten, con variantes, el modelo sevillano, incluso con su entarimado a la entrada para bailar sevillanas. El Coro de la hermandad de San isidro es una copia exacta de un coro rociero de los que tanta popularidad están alcanzando en los últimos años. Abundan los hombres vestidos con traje campero corto, y las mujeres de faralaes montados a caballo. Algunas casetas se organizan como las andaluzas, abunda el fino, etc. Por el contrario, los elementos de la cultura extremeña se resaltan en la Fiesta de la Chanfaina, al igual que ocurre en Montemolín con San Blas. En Monesterio, los elementos que hemos visto en Fuente de Cantos aparecen también, aunque con menor intensidad.

En toda la zona, el tipo de música folklórica que predomina en cualquier reunión son las sevillanas y, en menor medida y entre los hombres sólo, el fandango. En Montemolín la única canción que habla de la romería es una sevillana, que termina diciendo: «aunque no soy de Sevilla yo la llevo en la sangre». La reina y las damas han ido vestidas en alguna ocasión de traje campero corto o farales. Algunas niñas llevan también farales, aunque en ningún caso aparecen muchachas o mujeres con esa vestimenta. Un par de muchachos jóvenes a caballo viste traje campero.

En cuanto a las casetas, que ya vimos quiénes las caracterizaban, no reproducen el tipo de caseta de la feria de Sevilla, pero sí se parecen mucho a las de las ferias de los pueblos de la Baja Andalucía. En definitiva, vemos cómo cada año se van extendiendo los rasgos que vienen de Andalucía hacia todas estas romerías de la Baja Extremadura.

RUFINO ACOSTA NARANJO
Instituto de Sociología y Estudios Campesinos.
Universidad de Córdoba

El alfarero y su oficio en un pueblo del norte de Cáceres

I. INTRODUCCIÓN

*Moza con cántaro roto
es la burla de la aldea:
sus amigas le hacen fiestas
y los mozos la apedrean.*

En palabras del historiador Goldon Childe, «la fabricación de objetos de alfarería es, tal vez, la primera utilización consciente, hecha por el hombre, de una transformación química»¹. Este arte, «inventado» en una etapa preneolítica, adquiere una dimensión particular cuando, hacia el año 3500 a. C., se le aplica la rueda giratoria al proceso del moldeado. La nueva industria mecanizada trae consigo la remodelación del oficio. La mujer, que hasta entonces había sido la única alfarera, se ve suplantada por el hombre, ahora ya «especialistas», lo que le permitirá vivir de la comunidad gracias a su trabajo². Tan es así que, aún hoy, la fabricación manual es un arte practicado sólo por mujeres, como puede observarse, en los centros alfareros de Redon (Morbihan, Francia), Jydeptter (Dinamarca), Pererueta, Islas Canarias y numerosas sociedades primitivas de África y de América.

Desde época neolítica vamos a encontrar en la provincia de Cáceres una continuidad ceramista. Gran parte de los objetos que actualmente se realizan

1 *Los orígenes de la civilización*, Madrid 1981, p. 123.

2 *Op. cit.*, 168.